

UNA NOTA SOBRE EL ESTADO DEL TERCER MUNDO

J.L. Entrambasaguas

1. Importancia y falta de significación del Tercer Mundo

A las razones éticas o humanitarias para interesarse por la suerte del Tercer Mundo se añaden hoy muchas otras, cuya apreciación no exige que se esté especialmente dotado de buenos sentimientos. Los medios de comunicación se encargan casi a diario de recordarnos que nada del TM puede hoy sernos muy ajeno, por mucho que a veces prefiriéramos que lo fuese. En él habita ya la gran mayoría -las tres cuartas partes- de la población total del planeta y dentro de lo que visto históricamente no será ya largo tiempo -hacia mediados del próximo siglo, según las proyecciones que hoy cabe establecer- en él habitará en realidad casi todo el mundo, unas nueve décimas partes de la población mundial. Los habitantes de la sola Nigeria serán para entonces más que los de toda Europa.

Cierto que, en términos económicos, el TM cuenta mucho menos. Su PIB se suele estimar en un 20% del mundial, haciendo la estimación a los precios y tipos de cambio corrientes. Si se hiciera como es debido, tomando en cuenta las "paridades de poder adquisitivo" (el diferente poder de compra una misma unidad monetaria en los diferentes países) este porcentaje sería mucho mayor, quizá el doble. Cualquiera sea el método de cálculo utilizado, el peso del TM en la economía mundial aumenta también continuamente; aunque no esté dentro de lo hoy por hoy previsible una aproximación de su dimensión económica a su dimensión demográfica. Hacia mediados del siglo que viene, el PIB de los países que hoy constituyen el TM seguirá estando probablemente muy lejos de alcanzar nada parecido al mencionado 90% del total mundial.

Por otra parte, por grande que sea su importancia, es bastante evidente que el TM no existe, en cuanto categoría clasificatoria válida. No lo es o lo es muy poco, porque hace referencia a un conjunto demasiado abigarrado y heterogéneo de países. En él figuran (o figuraban, en el caso del Kuwait) algunos de los países más ricos del mundo, junto a otros en que millones de personas se mueren literalmente de hambre; y las economías más dinámicas junto a las más estancadas o más en regresión. El TM contiene los gigantes demográficos del planeta y también una multitud de países mínimos. China concentra ella sola más de una quinta parte de la población mundial; pero se cuentan por docenas los Estados del TM con menos y mucho menos que un millón de habitantes. Las diferencias entre las historias y las herencias históricas, las situaciones presentes y las perspectivas de futuro, etc. que separan a los países considerados habitualmente integrantes del TM pueden ser mucho mayores que las que medien entre uno de ellos y un país exterior a él, un país de los considerados económicamente avanzados.

2. Variados historiales económicos

El cuadro 1 divide el TM por grandes regiones geográficas, lo que en algo disminuye su grado de heterogeneidad interna. El crecimiento económico logrado por estas diferentes regiones -o más bien subcontinentes- ha sido muy distinto y ha variado fuertemente a lo

largo del tiempo. Las divergencias entre unos y otros historiales se han hecho especialmente notables en el período más reciente, durante el decenio de los ochentas, en el que centraremos principalmente la atención.

CUADRO 1

Tasas de crecimiento del PIB per cápita, según grandes regiones

	1965-73	1973-80	1980-89
Asia Oriental	5.1	4.7	6.7
Asia Meridional	1.2	1.7	3.2
América Latina	3.7	2.6	-0.6
África Subsahariana	5.5	2.1	-2.2
Oriente Medio y Norte de África	5.5	2.1	0.8

Fuente: Banco Mundial "World Development Report 1990" Cuadro 1.2, pag. 11

Como puede verse, en el último decenio el contraste es fortísimo entre Asia (particularmente, Asia Oriental) de una parte y, de otra, África Subsahariana y América Latina. Tras el dinamismo asiático encontramos el muy excepcional de los famosísimos cuatro países tigres (o dragones): Corea, Taiwan, Singapur y Hong-Kong. Aunque convenga recordar que estas cuatro economías apenas contienen un 2% de la población total del TM, lo que limita la significación de los éxitos por ellas alcanzados. Tailandia y Malasia son, sin embargo, otros dos países asiáticos de cierta dimensión, que también parecen haber iniciado una dinámica de crecimiento muy acelerado. Pero debe subrayarse que la gran economía dinámica de Asia en el decenio de los ochentas no ha sido otra que la inmensa China, por lo menos hasta 1989. (La tasa anual media de crecimiento del PIB chino en el período 1980-88 fue de algo más del 10%, según el Banco Mundial; aunque haya que tener en cuenta que tanto el nivel de partida como el de llegada del PIB per cápita del país, que se estimaba en unos 330\$ en 1988, son niveles bajísimos). Por su parte, la también inmensa India ha logrado en estos años ochentas un crecimiento de la renta per cápita sólo moderado, habida cuenta de su ínfimo valor absoluto (en torno a los 310\$ en 1988); pero este crecimiento resulta bastante más intenso que el registrado en decenios anteriores y permitiría de sostenerse, un incremento muy apreciable del nivel de vida. La asimismo muy populosa Indonesia ha conseguido más: ha encajado sucesivas alzas y bajas del precio del petróleo, que es su principal exportación, preservando

aproximadamente los equilibrios económicos; ha evitado una crisis de solvencia, pese a su elevado endeudamiento externo; y ha mantenido un ritmo de crecimiento no inferior al de la India. Aunque las economías asiáticas dinámicas o relativamente dinámicas son numerosas, la pertenencia geográfica a Asia no constituye ninguna suerte de garantía de éxito económico; Bangladesh, Birmania o Vietnam ofrecen una evolución económica reciente que figura entre las peores del TM. Pero no cabe ignorar el desarrollo adquirido por las relaciones económicas intra-asiáticas, en buena medida polarizadas por el Japón, relaciones que actúan como un mecanismo de generalización de un alto ritmo de crecimiento. El dinamismo reciente de Asia Oriental viene ya de etapas anteriores, como muestra el Cuadro 1; mientras que el bastante más moderado de Asia Meridional fue precedido, por su parte, de un crecimiento modestísimo desde 1965 a 1980.

Es lugar común, pero es muy cierto, que para América Latina los años ochentas han sido una "década perdida". La renta per cápita media de América Latina, según estima el BM, se sitúa hoy apreciablemente por debajo de la alcanzada hace diez años. A no todos los países iberoamericanos les ha ido igual de mal y el comportamiento de cada uno de ellos ha cambiado a lo largo del tiempo. Brasil ha conseguido un crecimiento del PIB que al menos resulta unas cuantas décimas de punto superior al de la población; en Argentina tanto el PIB per cápita como el PIB total han retrocedido. El crecimiento más alto durante el decenio corresponde a Colombia, con un 1.3% de expansión de la renta por habitante, tasa por otra parte modesta (y además probablemente apoyada en la expansión del narcotráfico). Durante los ochenta, las economías latino-americanas fueron afectadas de lleno, como bien es sabido, por la crisis de la Deuda Externa. Pero no ha sido sólo el endeudamiento lo que ha pesado -con haberlo hecho obviamente mucho- en la crisis económica global de la región. En ella se ha puesto crudamente de relieve la inadecuación de numerosas instituciones, estructuras y políticas económicas latinoamericanas para asegurar hoy un desarrollo apreciable y sostenido. Afirmarlo no equivale a suponer que Latinoamérica es, por alguna razón, inepta para el desarrollo. En épocas anteriores, es especial durante el período 1965-73, el historial económico latinoamericano fue mucho mejor y permitió un incremento de las rentas per cápita muy considerable.

En el Africa subsahariana, el desastre de los años ochenta ha sido aún mucho más completo. Las décadas perdidas son aquí por lo menos dos y en no pocos países africanos las rentas per cápita deben de estar hoy incluso por debajo de las alcanzadas al comienzo de los sesentas; todo ello, partiendo de niveles absolutos por supuesto muy inferiores a los latinoamericanos. La crisis africana ha sido también, en no poca medida, de solvencia externa y de pérdida de capacidad de compra en el mercado internacional; pero la crisis externa ha incidido aquí sobre instituciones y estructuras internas debilísimas y muy precarias. En el Africa al sur del Sahara, el crecimiento económico por habitante había sido ya muy lento entre 1973 y 1980 y no demasiado rápido entre 1965 y 1973; el historial del subcontinente en su conjunto es malo, prácticamente desde su acceso a la independencia.

La evolución económica de la gran mayoría de los países del Norte de Africa y del Oriente Medio ha estado dominado por las vicisitudes del mercado de petróleo. Es curioso que el incremento del PIB per cápita medio de la región haya sido más rápido cuando, en el período 1965-73, el precio del petróleo era bajo (y el volumen de sus exportaciones aumentaba rápidamente). Ello obedece en parte a las peculiaridades de la mediación del PIB precios constantes a lo largo del tiempo; pero refleja también el hecho que en pocos casos o en ninguno los exportadores del petróleo han evitado en el pasado lo que

venezolanos y mejicanos -que la conocen bien- llaman "maldición de los petrodólares". Estos últimos debían haber financiado la inversión productiva y rentable. Pero financiaron, por ejemplo, los ocho años de guerra entre Irán e Irak; o bien la simple expansión del consumo o lo que en el fondo es peor, la inversión, pero ni rentable ni productiva, la seudoinversión. Hay que reconocer que la transformación de la renta del petróleo en fortunas privadas de monarcas y emires -y de sus numerosísimas familias y clientelas-, es mejor que su empleo en fines bélicos; pero la reciente incautación del Emirato de Kuwait muestra que tal transformación constituye un mecanismo financiero muy vulnerable.

La variedad y heterogeneidad de las economías del TM obligaría a examinar cada una de ellas individualmente; o a examinar, en todo caso, un buen número del casi centenar y medio de economías nacionales, -tantas como Estados soberanos- que contiene el TM. Sólo así podríamos aspirar a plantearnos (sin mucha esperanza de encontrarles una respuesta, por lo demás las preguntas realmente interesantes. Por ejemplo: ¿dónde están las claves del increíble milagro económico coreano, que ha permitido desde 1965 un crecimiento anual medio del PIB próximo al 10%? ¿En la gran prioridad dada en Corea a la expansión de las exportaciones, en el fanatismo exportador del país? ¿En la buena armonía entre la ética confuciana y el espíritu del desarrollo, análoga a la que según Weber reinó entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo? ¿En la armonía entre el autoritarismo político -vigente en Corea al menos hasta los años más recientes- y el incremento de los beneficios e inversiones empresariales? En el caso de China, parece claro que la disolución de las otras admiradas (sobre todo en Occidente) comunas ha sido el factor causal decisivo del "gran salto hacia adelante" efectivamente dado por la economía de este país en los años ochentas. Pero ¿a qué puede deberse que el enorme éxito de la reforma agraria en China se haya seguido de lo que parece considerable fracaso de la misma reforma en otros sectores?. ¿Dónde encontrar las razones -si es que hay alguna medianamente inteligible- de la gran anomalía de la historia económica universal que representa Argentina, de su tenaz descenso desde un nivel de desarrollo próximo al de los países más ricos a otro cada vez más tercermundista? Se ha dicho -pero ¿con qué justificación?- que el crecimiento indio, nada más que moderado, ha ocurrido en la media en que el asfixiante intervencionismo burocrático característico del país no ha logrado detenerlo (o detener la llamada "revolución verde"). El dinamismo económico brasileño, hace no tanto tiempo, parecía imparable y muy compaginable con una tasa de inflación crónicamente alta. Pero en los últimos años lo único que amenaza con resultar imparable en Brasil es precisamente la inflación. ¿Cómo ha ascendido Indonesia, desde la más caótica de las situaciones económicas a mediados de los años sesentas, a constituir (casi) un modelo de buena gestión en los ochentas?.

Sería sin duda fascinante poder examinar individualizadamente y con un mínimo de detenimiento las economías del TM; pero ello necesitaría de la edición de una verdadera Enciclopedia, condenada por lo demás a quedarse anticuada ya mucho antes de haber sido publicada. Tras haber subrayado la escasa validez de las generalizaciones relativas al TM y la acusada especificidad de cada una de las economías nacionales que lo componen, esta breve Nota sobre tan vasta materia se quedará pues en la consideración de unas cuantas generalidades.

3. El principio del fin de la explosión demográfica

El incremento acelerado de la población -su multiplicación, la

"explosión demográfica"- ha constituido un gran determinante -el gran determinante seguramente- de la evolución económica y social del TM en la segunda mitad del presente siglo. También a este respecto las diferencias entre las economías individuales son importantísimas: así en la actualidad, la tasa de expansión demográfica varía en ellas desde poco más de un 1% anual hasta bastante más del 3%. Pero, en conjunto, la población del TM se ha duplicado prácticamente desde 1950 (Cuadro 2) y se volverá a duplicar para mediados del próximo siglo.

Como es bien sabido, hay que ver fundamentalmente en esta cuadruplicación un magno accidente. El progreso médico y sanitario ha reducido las tasas de mortalidad en el TM mucho antes de que, ajustándose a su descenso, disminuyesen en él las tasas de natalidad. El TM se ha visto así cogido de lleno en una "trampa demográfica", que en el pasado habían evitado los países hoy desarrollados, donde el desfase entre el descenso de unas y otras tasas fue incomparablemente menos fuerte.

CUADRO 2

Tasas de crecimiento demográfico

	1965-80	1980-88	1988-2000(x)
Asia Oriental	2.3	1.5	1.4
Asia Meridional	2.4	2.3	2.0
Africa Subsahariana	2.7	3.2	3.1
Oriente Medio y Norte de Africa	2.0	2.1	2.1
América Latina	2.5	2.2	1.8
Total del Tercer Mundo	2.3	2.0	1.9
Total Mundial	2.1	1.8	1.7
<u>P.M. Población en miles de millones</u>	<u>1988</u>	<u>2000</u>	<u>2025(x)</u>
Tercer Mundo	3.9	5.0	7.1
Total Mundial	5.1	6.2	8.2

(x) proyecciones

Fuente: Banco Mundial "World Development Report 1990" Cuadro 2.6, págs. 128-29

Cabe argüir que la multiplicación de la especie humana constituye, después de todo, un formidable éxito biológico y que el nivel de vida de los habitantes del TM que no han muerto, gracias precisamente al descenso de la tasa de mortalidad ha mejorado por defini-

ción. Cabe señalar también que la reducción de la mortalidad, causa básica de la explosión demográfica registrada, es en sí misma una consecuencia del progreso material, y que el incremento de la población implica necesariamente el del factor de producción trabajo y por tanto el de la capacidad de producción.

Aun así, la explosión demográfica ha debido constituir, ante todo, un gran freno a la mejora de los niveles de vida individuales. A causa de ella, el simple mantenimiento de los ya alcanzados -es decir el crecimiento extensivo de las economías- ha absorbido en gran escala los recursos disponibles para elevarlos, para el crecimiento intensivo. Ha limitado las posibilidades de reducción de la pobreza; ha desbordado las de creación de empleo; y ha planteado exigencias imposibles de satisfacer en materia de infraestructura, en particular de infraestructuras urbanas (ya que el acelerado crecimiento demográfico se ha acompañado de una urbanización aún mucho más acelerada). Conviene observar, con todo, que no se suelen encontrar relaciones estadísticas suficientemente significativas -que habrían de ser, claro está, negativas -entre las tasas de expansión demográfica y las tasas de expansión del PIB per cápita; lo impide probablemente la ya aludida influencia en el descenso de la mortalidad de la mejora del nivel de vida.

Las conexiones entre crecimiento demográfico y económico son ciertamente bastante más complejas de lo que aparece a primera vista. En gran medida, la progenitura es numerosa cuando a los progenitores les conviene que lo sea, cuando no disponen de -por así decirlo- otras alternativas de inversión que la consistente en tener una mayor número de descendientes. Por otra parte, está claro -se trata de una de las pocas claridades que en la materia se ofrecen- que el incremento de las rentas per cápita acaba teniendo como consecuencia el que se deseen por término medio menos hijos. Sólo cuando cambian las preferencias relativas al tamaño de la familia adquiere de verdad importancia la educación en materia de control de natalidad y el acceso a los medios contemporáneos de practicarlo. Ciertamente una política imperativa de limitación de los nacimientos, impuesta antes de que haya surgido el deseo de limitarles, puede también alcanzar éxito; pero para ello tiene que ser tan brutal como la seguida en China, donde el objetivo de un solo hijo por matrimonio parece haber conducido a la práctica masiva del infanticidio de las recién nacidas, que ocupaban el sitio del deseado hijo varón.

Lo más importante es que, en cualquier caso, el fin de la explosión demográfica -o de la transición demográfica- en el TM aparece ya a la vista, aunque todavía se sitúe a gran distancia. Las tasas de la natalidad tercermundista han iniciado claramente su descenso. Como había ocurrido antes en los países hoy desarrollados, la natalidad del TM se está por fin ajustando a la previa reducción de la mortalidad. Se ha iniciado el principio del fin de la gran anomalía demográfica. Pero, como se ha visto, el incremento en el número de habitantes del TM que va a ocurrir antes de que su población se estabilice, o se aproxime a una estabilización, es enorme. Será muy distinto, como muestra el Cuadro 2, según subcontinentes, en términos absolutos y proporcionales. Lo será aun más según países. El incremento demográfico resultará especialmente impresionante en el África subsahariana, el más pobre de los subcontinentes. En realidad, mucho depende, para las proyecciones mundiales, de lo que pase en China, en donde no es seguro el mantenimiento de las bajas tasas de natalidad se prosiga (y donde es probable que, para empezar, las estadísticas mismas no sean nada fiables).

Un gran interrogante -que, por ahora, parece sin respuesta- es

el de si el TM y el planeta en su totalidad podrán soportar otra nueva duplicación de su población humana, sin que el deterioro del medio ambiente y la presión sobre los recursos naturales se hagan insostenibles; o bien sin que el incremento del malestar ecológico prive de su significación al incremento del bienestar económico, medido por los métodos habituales. Malthus ha perdido una batalla, puesto que la producción de alimentos ha aumentado muy por encima del número de los alimentados; pero no se sabe si ha perdido también la guerra.

4. Crecimiento y pobreza

Ocurre que -pese a la explosión demográfica, pese a la década o a las décadas perdidas en los años ochentas, pese a la presencia de numerosos casos desesperado- el segundo hecho que caracteriza fundamentalmente al TM visto como un todo, desde mediados de presente siglo, no es otro que el crecimiento económico.

No sólo han crecido de los PIB totales, a un ritmo de expansión históricamente del todo excepcional; también lo han hecho muy fuertemente los PIB per cápita, sobre los que por supuesto incide la gran avalancha demográfica. La tasa media de expansión de la renta per cápita en el conjunto del TM ha debido estar desde 1950 hasta hoy en torno a un 3% anual. Este porcentaje probablemente duplica o casi duplica el que alcanzaron como media los países hoy desarrollados en etapas más o menos comparables de su propia historia, digamos entre 1870 y el comienzo de la primera guerra mundial; si bien la tasa de crecimiento del PIB per cápita en el TM no ha superado la media lograda, a partir también de 1950, en el mundo desarrollado.

Otros indicadores distintos del socorrido PIB per cápita - indicadores relativos a los niveles de nutrición, a la esperanza de vida y a la mortalidad infantil, a las tasas de alfabetización y de escolaridad etc- confirman de manera inequívoca la importancia y la rapidez del progreso material conseguido en el TM. Es cierto que, como se acaba de ver, el rápido crecimiento de TM no ha sido suficiente para reducir de manera notable en términos generales la distancia o "brecha" que separa los PIB per cápita de las economías desarrolladas y de los tercermundistas. Medida a los precios y tipos de cambios corrientes -que es una forma de medirla muy discutible- la renta per cápita del TM debe hoy constituir una proporción de la correspondiente al mundo desarrollado quizá no muy superior a la que ya constituía hacia 1950. En importantes absolutos, la brecha entre una y otra se ha incrementado, por simple aritmética, con gran fuerza. Pero probablemente esta brecha, sobre la que ha dramatizado con abundancia, importa mucho menos que el nivel absoluto del PIB por habitante en el TM y su capacidad para satisfacer un mínimo de requerimientos vitales.

Ahora bien: el tercer hecho básico -y ciertamente no el menos cargado de significación- a propósito del TM es sencillamente que, para una gran proporción de sus habitantes, este mínimo de requerimientos no se satisface, pese al fuerte crecimiento económico global conseguido. Según recientes estimaciones del Banco Mundial (cuadro 3) un 28% aproximadamente de la población del TM, es decir unos 1100 millones de personas, vive (en rigor, vivía en 1985) por debajo de una "línea de la pobreza", que el Banco sitúa en 370\$ (de 1985) por año. Es decir, con menos de lo que, al parecer, cuesta mantener con las adecuadas consideraciones un perrito en una ciudad de un país desarrollado. Según la misma fuente, unos 630 millones de personas vivían con menos de 240\$ por año, es decir, sobrevivían en la más extrema pobreza o en una terrible miseria.

CUADRO 3**La pobreza en el Tercer Mundo**

Estimaciones referidas a 1985

	(x) Población bajo la línea de pobreza		(xx) Población en situa- ción de extrema pobreza	
	Población en millones	En % de la población total	Población en millones	En % de la población total
Africa Subsahariana	180	47	120	30
Asia Oriental	280	20	120	9
Asia Meridional	520	51	300	29
Oriente Medio y Norte de Africa	60	31	40	21
América Latina	70	19	50	12
Total del Tercer Mundo	1116	33	633	18

(x) renta per cápita igual o inferior a 370 & por año

(xx) renta per cápita igual o inferior a 275 & por año

Fuente: Banco Mundial "World Development Report 1990" Cuadro 2.16, pag. 29

Para el BM, puede ser que el número absoluto de pobres haya ya alcanzado un máximo y empiece ahora a disminuir. Ello dependerá, sin embargo, en primer lugar de que se cumplan una serie de hipótesis optimistas, relativas al crecimiento de la economía mundial y de la del TM (sobre ellas volverá esta Nota); en segundo lugar, de que el futuro crecimiento del TM sea mucho más creador de empleo que lo ha sido en el pasado, lo que por sí solo constituye una magna condición; y de que por último, se registre una orientación muy profunda del gasto público en los países del TM en favor de una educación y de una asistencia médico-sanitaria capaces de beneficiar a los estratos más pobres de la población. Dependen también de que se juzgue admisible, a fines de análisis, seguir situando de manera indefinida la línea de pobreza en el mismo nivel absoluto antes mencionado (incluso si dicho nivel se define en valores constantes). La línea de la pobreza ha de ir elevándose, probablemente, a medida que se incrementa el PIB per

cápita medio.

Que el crecimiento económico del TM haya sido muy rápido históricamente considerado no impide pues que -dados las ínfimas cotas de partida, dada la enorme presión demográfica- la salida de la pobreza, la llegada de los países del TM a standards de vida decentes, esté produciéndose muy lentamente, de manera por lo general desesperantemente lenta. Los saltos de la indigencia al bienestar -saltos a la coreana o a la singapureña-, en una sola generación, han sido hasta ahora muy pocos; se han dado en circunstancias muy específicas y no parecen fácilmente repetibles. Para la gran mayoría de las economías tercermundistas lograr este salto -si efectivamente lo logran- parece que será más cuestión de generaciones que simplemente de decenios.

La incidencia de la pobreza depende por lo demás en muy alto grado -a, parte de los niveles de renta- de la distribución y redistribución de esta última. Para niveles similares de renta, ciertos países -como, digamos, Taiwán- han ofrecido distribuciones de los ingresos mucho menos desiguales que otros, como Brasil. La distribución de la renta está íntimamente condicionada, de manera muy compleja, por las estructuras, instituciones y maneras de funcionamiento características de la economía de cada país. No está tan claro como a menudo se supone que el crecimiento exija necesariamente en el TM la postergación de la distribución. Hay países que han conseguido acompañar el primero de una buena dosis de la segunda; también es muy cierto que intentos de redistribución mal planteados o simplemente precipitados han tenido, con gran frecuencia, consecuencias económicas nefastas.

Quizá sea oportuno añadir aquí que la gran expansión todavía pendiente de la demografía del TM se combina con lo que ya es envejecimiento y casi estancamiento de la demografía del mundo desarrollado. Junto a la persistencia o incremento de la brecha entre las rentas per cápita de los países ricos y de los tercermundistas y la relativa facilidad física de los viajes internacionales, ello va a asegurar una permanente actualidad a la problemática de la migración internacional y también a las reacciones xenofóbicas de los países que la reciben.

5. Papel de las políticas económicas e importancia central de la política

Para los que hoy son ya muchos observadores, lo más notable del desarrollo conseguido por los países del TM desde el fin de la segunda guerra mundial es que se haya logrado el signo de unas políticas económicas con frecuencia nada apropiadas para conseguirlo. Las cuales por lo general, ponían, muy poca confianza en precisamente el más poderoso de los motores del crecimiento, a juzgar por la experiencia histórica: en la operación del mercado y de la empresa privada en un entorno macroeconómico adecuado. Durante largo tiempo, en el TM (y fuera de él) los conceptos de mercado, capitalismo, explotación, imperialismo y colonialismo han tenido a considerarse próximos o simple y llanamente a darse por idénticos. La independencia de los países tercermundista, en la mayoría de los casos reciente, parecía no merecer su nombre si no continuaba, de alguna forma, un combate anti-imperialista y anticapitalista y si no aspiraba a alguna forma de socialismo. La connotación positiva se reservaba para la planificación, la nacionalización, la colectivización. Sería muy erróneo, como es obvio, ver en todo ello sólo el fruto del error intelectual; pero también lo era y en medida nada desdeñable.

Específicamente, dos grandes tesis (interrelacionadas) llegaron a alcanzar gran predicamento en el TM durante las primeras décadas de posguerra y tuvieron muy considerables consecuencias prácticas. Según la primera- que cabe denominar "estructuralista"- los frenos y obstáculos al desarrollo de las economías tercermundistas son esencialmente estructurales. Es decir, no superables -y con frecuencia muy agravables- por el ordinario juego de la oferta y la demanda actuando en el mercado. Según, la segunda tesis -que puede llamarse "dependencista"-, la desconfianza con respecto al mercado debe hacerse extensiva, redoblándola, al mercado internacional. Las relaciones del TM con las economías desarrolladas constituyen un juego de suma cero: implican básicamente una dependencia del TM (o de la Periferia) con respecto al Centro, constituido por los países ricos.

Según el paradigma estructuralista, de la pobreza -del "círculo vicioso", de la "trampa" de la pobreza- sólo puede salirse gracias a una poderosa intervención exógena, una intervención muy contundente del poder político que venza inercias y rompa barreras; que incremente decisivamente, mediante un gran empujón (un "big push"), la formación de capital y ponga en marcha un proceso de crecimiento autosostenido. Lo que implica, entre otras transformaciones revolucionaria o cuasi-revolucionarias, la del Estado en el primer empresario y primer inversor de los existentes en la economía nacional; la creación a marchas forzadas, por una falange de empresas estatales, de una industria que puedan considerarse "industrializante", por los outputs que ofrece a otras industrias y los inputs que requiere de otras industrias; la sumisión del conjunto de la economía del país a una planificación estatal en alta medida imperativa, etc.

Para las versiones moderadas de la tesis dependencistas, en los intercambios entre Centro y Periferia está implícita una tendencia crónica al deterioro de los "terms of trade" de esta última. Deterioro que justifica, de manera incomparablemente más convincente que cualquiera de los argumentos tradicionales, el recurso al proteccionismo y a la sustitución de importaciones en los países del TM. Las versiones más radicales del dependencismo trasponen a las relaciones entre Centro y Periferia el análisis marxista sobre la apropiación de la plus-valía, la concentración del capital y la inmiseración del proletariado. Según ellas, el subdesarrollo de la Periferia no es sino la otra cara -la cara oculta- del desarrollo del Centro. En el límite, la única estrategia válida para los países pobres es la ruptura, el "de-link" con las economías avanzadas; para empezar, con las empresas multinacionales, que son los potentes vehículos de la penetración por las economías centrales de las periféricas.

De ambas tesis se está hoy ya muy de vuelta -o se comienza al menos a estar muy de vuelta- en el TM. No sólo porque los resultados de las políticas económicas en ellas basadas han sido muy insatisfactorias y a menudo del todo deplorables; también porque el clima intelectual ha cambiado, a lo que no ha podido por menos de contribuir el estrepitoso fracaso del "socialismo real" en la URSS y en Europa Oriental. Se admite hoy muy ampliamente que la fijación con las imperfecciones y distorsiones del mercado llevó a que se olvidasen las también enormes distorsiones e imperfecciones que puede ofrecer el Sector Público, precisamente sobre todo en el TM, donde el Estado también es tercermundista. Se sabe hoy que el TM está lleno de empresarios potenciales, como lo demuestran las rápidas y racionales reacciones de millones de supuestamente ignorantes campesinos a los incentivos y desincentivos económicos con que se les enfrenta. Se tiene también actualmente por comprobado que la expansión de las exportaciones puede dar mucho mejor resultado que la sustitución de importaciones; que asestar un "gran empujón" a las inversiones puede tener

efectos (positivos) sólo muy limitados y efímeros, porque la productividad de la inversión importa tanto como su volumen; y que la ausencia total de multinacionales es comprobadamente muchísimo más nociva que todo lo que pueda resultarlo su presencia. Los capitalistas y las empresas de los países avanzados no comercian con el TM ni invierten en él por altruismo y son tan rapaces como las circunstancias se lo permiten; y no faltan en las relaciones entre el Centro y la Periferia fenómenos de polarización que benefician al primero. Pero se reconoce hoy que el fenómeno dominante en la economía mundial es -de manera bastante obvia en una perspectiva algo a largo plazo- el contrario a la polarización: la difusión del progreso tecnológico desde el Centro a la Periferia.

Que en el plano intelectual se esté de vuelta -o se empiece a estarlo- de tesis como la estructuralista y dependencista aludidas no quiere decir, por lo demás, que las políticas han creado sus propias y poderosas inercias. A la privatización de las empresas públicas del Tercer Mundo, por ejemplo, se oponen importantes intereses creados; y la privatización sería técnicamente difícil de llevar a buen término, incluso si no se opusieran. La protección frente a la concurrencia exterior es normalmente mucho más fácil de otorgar que de retirar; y no necesita apoyarse en grandes construcciones ideológicas para ser solicitada con todo ahínco por sus potenciales beneficiarios y con frecuencia conseguida.

Sería, por lo demás, abrazar la utopía opuesta suponer que las economías del TM no deben (y no van a) seguir siendo economías mixtas, y a estar en cuanto tales dotadas de un voluminoso Sector Público. De hecho, todas las economías de que se tiene noticia en la historia han sido mixtas y han incorporado un importante sector sometido a una gestión colectiva o pública o similar a ella. Las economías integrantes del TM contemporáneo lo que muchas veces con más urgencia necesitan es ampliar o en todo caso mejorar precisamente sus infraestructuras y servicios públicos. El mercado no funciona en el vacío de un puro "laissez faire"; necesita de un marco legal e institucional, que es esencialmente una realidad político-administrativa.

En general, la dimensión política es supremamente importante para las economías del TM. La ventaja comparativa decisiva de aquellas que han tenido éxito a lo largo de los últimos decenios no es otra -puede decirse- que el "buen gobierno" o, por lo menos, un gobierno mínimamente aceptable. Cuando el entorno político ha sido favorable al desarrollo económico y mientras lo ha sido, el desarrollo casi siempre ha ocurrido, y en ello independientemente de las latitudes geográficas, de las herencias culturales y de casi cualesquiera otros condicionamientos; y a la inversa.

Sin embargo, que constituye este "buen gobierno" es muy difícil o imposible de precisar de antemano; diríase que, tautológicamente, sólo cabe describirlo a posteriori y cuando se constata que, de hecho, ha favorecido el crecimiento. Todos o casi todos los regímenes y sistemas políticos son demostradamente susceptibles de fracasar en el plano económico; y todos o casi todos parecen muy capaces de éxitos económicos importantes. Es, por ejemplo, opinión muy extendida (más extendida que confesada) que una dictadura -un despotismo más o menos ilustrado y desarrollista- que frene una redistribución prematura de la renta, mantenga el orden público y permita un alto ritmo de acumulación, constituye una buena receta para el crecimiento económico tercermundista. Pero ha habido en el TM multitud de dictaduras, de un signo y del contrario, durante los últimos decenios, que ni han sido ilustradas ni han logrado ser desarrollistas. No pocas de ellas han resultado francamente populistas en cuanto a sus efectos económi-

cos y han fomentado mucho más el consumo que la inversión; o bien han dejado paso a regímenes populistas que han practicado la desacumulación de lo que ellas habían acumulado. La política económica de la mayor democracia del mundo, de la India, parece muy criticable, desde muchos puntos de vista; pero no ha sido hasta ahora especialmente distribucionista. La corrupción -el cohecho y la malversación, la cleptocracia- que es frecuentísima en el TM, aunque no sea nada exclusiva de él, debe de estar en muchísimos casos impidiendo de raíz el crecimiento económico; pero en otros parece haber coexistido amigablemente con altas tasas de expansión del PIB. El mercado negro ha permitido y permite ir tirando, de alguna forma, a muchas economías rígidamente planificadas. Se dice que Tailandia -que ha sido en los últimos años una economía en extremo dinámica- presenta las costes de corrupción más altas del mundo, lo que ciertamente es afirmar mucho, Incluso la violencia puede mostrar alguna capacidad de coexistir con el crecimiento. Ciertamente que no hay normalmente países más incapaces de desarrollo económico que aquellos que se encuentran en guerra, interna o externa; pero en un caso como el de Colombia, un crecimiento comparativamente alto se ha acompañado durante muchos años por un clima de ininterrumpida violencia.

Desde la óptica económica, lo importante no es en realidad tanto el régimen político en sí mismo como las políticas económicas específicas que en él se siguen. Desde esta óptica, los ingredientes del "buen gobierno" están al fin y al cabo bastante claros. Son los que recitan incansablemente Organismo como el Banco Mundial y el FMI: evítese la hiperinflación, empezando por evitar los excesivos déficit presupuestarios; implántese un sistema impositivo razonable y estable; evítese el hiperproteccionismo etc. Todo lo cual es trivial a fuerza de ser obvio (lo que no impide que sea cierto). Lo difícil, por supuesto, no es dar tan excelentes consejos, sino seguirlos.

6. Perspectivas

De nuevo, para considerar con un mínimo de seriedad las perspectivas económicas que hoy se ofrecen al TM habría que adentrarse en el examen de las economías individuales o en todo caso en el de muchas economías individuales; cosa aquí imposible. El Cuadro 4 presenta las que el Banco Mundial (en la última edición de su Informe anual disponible cuando esto se escribe, que es el correspondiente a 1990) considera previsiones e hipótesis medias para el crecimiento del PIB, por grandes regiones, hasta el año 2000.

Estas hipótesis, miradas algo de cerca, parecen bastante optimistas. Según ellas, en los años noventas el crecimiento de la renta per cápita media del TM volvería al trend histórico del período 1965-80. Prevé el Banco Mundial el mantenimiento de las tasas asiáticas de crecimiento en un alto ritmo; aunque es probable que las de los "cuatro dragones" acaben por experimentar una desaceleración y aunque el futuro del crecimiento económico chino aparezca hoy rodeado de toda clase de incertidumbres. Supone también el Cuadro 4 que la tasa de expansión latinoamericana experimentará una sustancial recuperación en el decenio de los noventa: cosa que no parece nada segura que se consiga, aun contando con una sustancial condonación o reducción de la Deuda Externa latinoamericana (también supuesta por el Banco Mundial). La crisis latinoamericana ha sido mucho más compleja que una simple crisis de la Deuda. Lo demuestra el sólo hecho de que los capitales evadidos de Latinoamérica constituyen una proporción muy sustancial de la Deuda Externa de la región. Las rentas per cápita en el Africa Subsahariana, según las proyecciones del Banco Mundial, aumentarán en los años noventa sólo muy moderadamente, por

debajo de lo que sería necesario para compensar la reducción sufrida en los ochenta. Aun así, ello exigiría, además de una condonación de mayor parte de la Deuda Externa africana, un incremento muy fuerte en la ayuda al desarrollo prestada a este subcontinente y una mejora en la eficacia con que se presta.

CUADRO 4

Tasas de crecimiento del PIB per cápita

Previsiones para el período 1989-2000

Países industriales	2.6	Asia meridional	3.2
Países en desarrollo	3.2	Oriente Medio y	
África subsahariana	2.5	Norte de África	3.1
Asia Oriental	5.1	América Latina	2.3

Fuente: Banco Mundial "World Development Report 1990" Cuadro 1.3, pag. 16

Con todo, no sería probablemente excesivo optimismo el afirmar que, a largo plazo y más allá de unas y otras vicisitudes, el desarrollo del TM en su conjunto es inevitable e incluso imparable. Si algo muestra la historia económica de nuestro tiempo, desde el comienzo de la Revolución Industrial y a lo largo de lo que constituyen ya dos siglos, es que la modernización es contagiosa. Las innovaciones -tecnológicas, institucionales, organizacionales- se transmiten incesantemente de unas a otras economías, de las más avanzadas a las restantes, Aunque esta difusión sea raramente pasiva y exija un esfuerzo de adaptación, el atraso económico es, fundamentalmente, un retraso. La distancia que hoy media entre las productividades alcanzadas en los países más avanzados y las tercermundistas es la mejor garantía de que las segundas tenderán a incrementarse, tenderán a "catch up" con las primeras. Sin duda, la historia económica de los dos últimos siglos también evidencia de manera muy sobrada que, durante periodos más o menos largos y en determinados países y grupos de países más o menos extensos, el crecimiento de las rentas per cápita puede detenerse o convertirse en retroceso.

Estamos hoy en presencia de incógnitas de la mayor envergadura, como la relativa a la capacidad de nuestro planeta -en cuanto ecosistema y en cuanto stock de recursos naturales- para soportar el crecimiento demográfico aún pendiente y el económico pretendido. El ritmo de expansión en los países de la OCDE ha experimentado ya una desaceleración marcada y parece que duradera, con respecto al habitual

antes de la primera crisis del petróleo; desaceleración que seguramente hay que dar por transmitida al TM. Sin embargo, todas estas reservas -por importantes que sean- no conmueven, cabe pensar, la constatación fundamental: la de que, a juzgar por lo ocurrido en los dos últimos siglos, el progreso de los países menos avanzados está ya diseñado y programado por el conseguido en los países avanzados. Como afirma Carlos Marx (al que es un placer citar ahora que no quedan ni marxistas ni siquiera marxólogos que lo hagan) las economías avanzadas muestran a las atrasadas "la imagen de su propio futuro".

Hay que abstenerse rigurosamente de cualquier forma de visión salvacionista del TM. Nada nos asegura que un TM, probablemente menos pobre a medida que pasen los años, vaya a estar progresivamente más integrado por países ricos sigan apareciendo -o lo hagan aún más que hoy- como una isla nada insumergible de libertad y bienestar en un océano de pobreza y opresión. El crecimiento económico previsible en el TM no le va a conducir desde luego a ningún "fin de la historia" y menos a un "happy end" de ella. Pero dicho crecimiento permitirá que las vidas cotidianas de la mayoría de los habitantes vayan dejando de verse tan brutalmente constreñidas por la carencia, la ignorancia y la enfermedad. No será ello poco.

ADDENDUM: EL T.M. Y LA NUEVA CRISIS DEL PETROLEO

Puede ser hipótesis francamente optimista la de suponer que, como consecuencia de la crisis iniciada con la invasión del Kuwait, el precio internacional del barril del crudo experimentará un crecimiento no muy superior a los 10\$ y se situará así a medio plazo en torno a los 30\$. (Los expertos más convincentes parecen los que afirman que el Golfo puede pasar cualquier cosa y el precio del barril puede situarse en cualquier nivel). Pero sí efectivamente este precio no sobrepasa, o no mucho, los treinta dólares, se piensa hoy -es decir, a principios de Septiembre de 1990- que las economías de la OCDE en su conjunto podrían encajar un incremento del coste de los crudos con relativa facilidad. Se trataría, en definitiva, de sólo una reversión de la baja experimentada por el petróleo en los mercados internacionales a principios de 1986. Con todo, el impacto de una subida como la mencionada se traducirá, para el conjunto del área desarrollada, en una aceleración adicional de la inflación, en el curso de los próximos meses, que se estima que entre un 1% y un 1,5%; y en una desaceleración de la tasa de crecimiento del PIB, hasta fines del año próximo, de entre, digamos, un 0,5% y un 1%. Estas estimaciones, basadas en una hipótesis probablemente optimista sobre el precio del petróleo pueden ser, a su vez, francamente optimistas. El empujón inicial al alza asestado a la inflación puede incorporarse muy fácilmente a las expectativas de los agentes económicos; y para contenerlo puede ser precisa una desaceleración del crecimiento bastante más intensa de la indicada. También en 1974 se consideró la primera crisis del petróleo, a la vista de los datos iniciales, mucho más encajable de lo que luego resultó ser. La crisis presente parece corroborar en definitiva la tesis según la cual los límites al crecimiento económico en la OCDE se han hecho permanentemente más reducidos: el mercado del petróleo presentaba ya antes de ella aspectos muy pocos tranquilizadores, desde el punto de vista de los países consumidores.

El impacto de la nueva alza (o de la recuperación) de los precios de los crudos sobre las economías del TM va a ser dicotómico, como ocurrió en ocasiones precedentes. Al TM pertenecen, o en él se suelen clasificar, prácticamente todos los países exportadores de petróleo que, naturalmente con la excepción de Kuwait e Irak, se beneficiarán del alza; aunque varios de ellos hayan de dedicar actualmente sus ingresos adicionales -que habrían de agradecer al Irak- a financiar gastos militares, propios o de los EE.UU., en cuyo origen están también las iniciativas iraquíes. Los demás países exportadores es de esperar que den ahora a los petrodólares un destino mejor que en el pasado.

Las economías del TM importadoras de petróleo consumen incomparablemente menos energía per cápita que los países de la OCDE (aunque su consumo ha estado creciendo en relación con el PIB, en vez de retroceder, como lo había hecho en las más desarrolladas). Pero cada dólar de alza en el precio del barril grava obviamente mucho más la mucho menor renta per cápita de los países del TM importadores netos de petróleo. A juzgar por los antecedentes, el impacto de la nueva crisis será especialmente fuerte en ellos. Al directo -al resultante del encarecimiento de las importaciones de crudos- se unirá el indirecto, consecuencia de la menor expansión de las exportaciones a las economías avanzadas. En varios casos, el impacto será triple o cuádruple, pues se unirán a los dos anteriores los resultantes de la desaparición de ingresos tales como las remesas de emigrantes realiza-

das desde Irak y Kuwait y de la transformación de estos emigrantes en refugiados.

El empeoramiento en la posición de numerosos países del TM puede hacerse así muy intenso. Lo que otorga renovada urgencia a dos imperativos. El primero viene dado por la necesidad de incrementar y de mejorar decisivamente la ayuda que la comunidad internacional puesta a los países más directamente afectados por la crisis del Golfo y también al "Cuarto Mundo", a los países más pobres y menos dinámicos del TM. Este cuarto mundo está integrado, ante todo, por economías del Africa subsahariana, aquí ya tan mencionada, a las que se añaden varias otras, principalmente del Asia Meridional. Lo habitan unos cuatrocientos millones de personas.

A la luz de lo que es ya una larga experiencia, la ayuda al desarrollo del TM ha sido objeto de toda clase de críticas, muy a menudo justificadas. Caricaturas como la que hace de dicha ayuda "una transferencia en favor de los ricos de los países pobre, financiada por los pobres de los países ricos" no están tan lejos de la realidad como sería deseable que lo estuvieran. En particular, la conexión entre la ayuda del desarrollo y el fomento de las exportaciones de los países que la prestan ha desnaturalizado a menudo una y otras y ha fomentado sobre todo, no raramente, la corrupción. Sin embargo, el cuarto mundo es un conjunto -nada menor, pero al fin y al cabo minoritario- de casos desesperados, de economías en las que la pobreza sí constituye hoy efectivamente una trampa sin salida. No cabe, desafortunadamente estar muy seguro de que la ayuda al desarrollo las vaya de verdad a sacar de ella, pero parece indudable deber moral del mundo desarrollado multiplicar la ayuda que destina al cuarto mundo, lo que no es ciertamente obstáculo para que se intente también aumentar la eficacia de la ayuda.

Otro gran imperativo es el de llegar a alguna suerte de punto final en la inacabable crisis de la Deuda Externa. La posición de los países del TM deudores y a la vez importadores de crudos, que son mayoría, se va a agravar de varias formas simultáneas: por el aumento de la factura del petróleo; por el de los tipos de interés; por la desaceleración del crecimiento de la OCDE y del de los mercados por ella ofrecidos; en varios casos, por el propio embargo aplicado a Irak y sus consecuencias directas e indirectas. La superación de la crisis de la Deuda exige, a estas alturas, la condonación de una parte muy sustancial de la contraída, en todo caso por estos países deudores importadores de petróleo. Cuando se inició la crisis de solvencia, hace ya más de ocho años, existían toda clase de excelentes razones para no admitir la condonación y para recurrir en el tratamiento de la crisis a técnicas análogas a las utilizadas en las suspensiones de pagos. Es decir, a la refinación o reestructuración de vencimientos, que simplemente los aplaza sin reducir ni el principal ni los intereses. Pero las suspensiones de pago que no tienen éxito -y ésta no lo ha tenido, puesto que la crisis ha continuado- han de dejar paso, al cabo, a los procedimientos propios de la quiebra, que recurren a la reducción o quita de los débitos y reconocen la existencia de una pérdida patrimonial, que ha de distribuirse entre deudores y acreedores. Los "mercados secundarios" surgidos en el curso de los últimos años, en relación con los correspondientes activos, han admitido ya hace mucho tiempo tal pérdida y han reducido el valor efectivo de la Deuda Externa a una fracción, a veces mínima, de su valor nominal. Desde hace un par de años, la reducción se ha comenzado a admitir también en las negociaciones oficiales entre los acreedores (la Banca privada y los Gobiernos que otorgaron créditos o los garantizaron) y los Gobiernos de los países deudores; pero no parece que se hayan admitido, hasta ahora, por los importes precisos para que

se vea ya el final de la crisis de solvencia. De ella quedará en todo caso, probablemente, una secuela muy negativa: salvo en forma de inversiones directas privadas, será difícil que la mayoría de los países del TM afectados por ella vuelvan a recibir financiación externa de origen privado. Por lo demás, la quita de una Deuda Externa no tiene porque implicar hoy una "socialización", entre los contribuyentes de los países acreedores, de las pérdidas que la Banca privada sufra a consecuencia de ella. La Banca lleva muchos ejercicios constituyendo las provisiones necesarias para hacerlas frente. Una quita suficientemente importante parece que permitirá exigir del país deudor como contrapartida, reformas estructurales suficientemente profunda. Constituye, en principio un incentivo para llevarlas a cabo mucho mayor que la simple refinanciación de vencimientos. En esta última, el fruto de las reformas que se llevasen a cabo debe, en efecto, ser destinado en buena parte a reanudar el servicio de la deuda; lo que no constituye un gran premio a los sacrificios exigidos por la reforma.